RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes

Universidad
Nacional
de Quilmes

Zanchetti, Edgardo Oscar

Carl Schmitt. Romanticismo Político, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 2001, 250 páginas.

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - 2.5
https://creativecommons.org/licenses/by/2.5/ar/

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:
Zanchetti, E. O. (2002). Carl Schmitt. Romanticismo Político, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 2001, 250 páginas. Revista de Ciencias Sociales 13, 309-313. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes
http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1170

Puede encontrar éste y otros documentos en: https://ridaa.unq.edu.ar

Universidad
Nacional
de Quilmes

Roque Sáenz Peña 352 // Bernal
Buenos Aires // Argentina
t.: (+41 11) 4365 7100
f.: (+54 11) 4365 7101
info@unq.edu.ar

Carl Schmitt
Romanticismo Político,
Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 2001, 250 páginas.

En la presente obra, Schmitt intenta determinar de forma explícita la especificidad del romanticismo político para diferenciarlo del político romántico. Y, aunque pareciera paradójico, la razón para esta operación de oposición se encuentra en que, para un romántico, todo lo que incumbe a la esfera de lo político le es ajeno.

Para comprender esta premisa, ante todo hace falta definir claramente las posibilidades y los límites inmanentes en este movimiento, que surge en el siglo XVIII, según el autor, como una ilusión de revolución y, por ello estableció una relación con los acontecimientos políticos en Francia.

En lo que constituye la creencia habitual de este movimiento, romanticismo es considerado como todo lo que puede derivarse psicológica e intelectualmente de la idea de bonté naturelle. Esta definición, si bien para Schmitt no es digna de desprecio, es insuficiente para comprender la especificidad del movimiento, pues toda definición de romanticismo debe surgir del sujeto romántico propiamente dicho, su conducta particular y su relación con el mundo, y no como resultado de esa relación o de entidades que se encuentran por fuera de él.

Todas las contradicciones y dificultades de definir a este movimiento son resultado del romanticismo mismo, ya que el mismo considera a los acontecimientos históricos como mera ocasión para su producción literaria, pero sin conocerlos objetivamente. En este sentido, el movimiento romántico hace de la falta de claridad un principio y por ello constituye un laberinto histórico-espiritual.

Su sensibilidad es puramente estética y no avanza nunca hacia la definición de un concepto, porque esta definición supondría una decisión sobre sus límites, sobre su carácter performativo. (cosa que está muy alejada de la forma de producción romántica).

Preso de un esteticismo

general, el romántico absolutiza lo estético y es puesto como centro de su producción. El arte sufre una transformación en manos del romanticismo. Pasa a significar L´art pour L'art mismo. Así, religión, moral, política y ciencia son tomados indistintamente sólo como material de su productividad artística romántica. Pero ni la decisión religiosa, política o moral, ni los conceptos políticos son elementos dignos de estetización, porque en la idea misma de concepto se encuentran los límites para la creatividad del romántico.

A pesar de esta policromía del escenario romántico, el movimiento gozó de considerable éxito, razón por la cual lleva a Schmitt a considerar como responsable a una definición metafísica que opera en el centro mismo del movimiento: la occasio (ocasión, oportunidad)

La occasio se define mejor en directa oposición a la definición de causa. (la causalidad calculable). Todo lo que da orden a la vida y los acontecimientos es incompatible con la representación ocasional. "Donde lo oportuno y casual se convierten en principios, surge una gran superioridad sobre tales sujecciones. En los sistemas metafísicos que se caracterizan como ocasionalistas [...] Dios es la instancia última y absoluta y el mundo en su totalidad y todo lo que sucede en él, una mera ocasión de su exclusiva eficiencia. Esta postura ocasionalista puede subsistir, pero al mismo tiempo poner en el lugar de Dios otra cosa, como al Estado, el pueblo o el sujeto individual. Esto último es lo que ocurre en el romanticismo [...] el romanticismo es ocasionalismo subjetivizado" (p. 58)

De este modo, el romántico hace del mundo una mera ocasión y oportunidad para todo. El mundo se vuelve incalculable de modo fantástico, cualquier punto concreto es viable para vagar por lo ilimitado y contribuir a la productividad romántica.

El proceso de secularización en la modernidad operó en el romanticismo a la manera de un sujeto demiúrgico; en efecto, la subjetividad romántica se elevó hasta la categoría divina para

desplazar de una vez al Dios de la tradición judeocristiana (aunque más tarde volverá a reencontrarse, no sin dificultades, con este mismo Dios). Pero esta deidad no concede límites ni definiciones a la realidad: toda categorización le está vedada, no existe conclusión ni definición.

La mano mágica del azar rige sus movimientos. Para el romanticismo todo deja de ser cosa y objeto para convertirse en un mero punto de partida. El fundamento de todo proceso histórico-político se encuentra en un poder supraindividual, y los románticos se creían parte de este organismo superior. Schmitt encuentra el vínculo romántico con el mundo en una frase de Novalis: "Todas las casualidades de nuestra vida son materiales con los que podemos hacer lo que queramos, todo es el primer eslabón de una cadena infinita, el comienzo de una novela infinita" (p. 146) ("Romántico" –Romantisch– significa, en su etimología, "novelesco"; la palabra deriva a su vez de novela –Roman–).

La situación espiritual del romántico comienza en sintonía con el espíritu moderno cartesiano: el "cogito ergo sum" remite a una actividad subjetiva e interna al pensamiento mismo, en lugar de a una realidad del mundo exterior: el egocentrismo.

Para Schmitt, el romanticismo devenido intelectualidad es sólo una apariencia que tras de sí esconde un sensualismo cerebral, expresado en una productividad específica y propia que es el lirismo.

El todo es reducido a un punto; toda definición para el romántico es sinónimo de limitación a su potencia creadora, al orden de posibilidades que se erige como ser supremo ante la realidad, pues la realidad encierra en sí misma los mismos problemas que dos siglos más tarde metaforizará Max Weber a través de su "Jaula de Hierro" de la modernidad. Y en esta imposibilidad de definición por parte del sujeto romántico reside su mayor talón de Aquiles a la hora de tomar decisiones. Simplemente no puede hacerlo pues necesita disolver toda conceptualización

predeterminada para alimentar los párrafos que constituirán y darán forma a su "novela infinita". Para los románticos, "la voluntad de realidad termina en voluntad de apariencia [...] lograron escapar a la realidad de las cosas, pero las cosas, a su vez, también se les escaparon" (p. 141)

Para el argumento schmittiano, es de la mayor importancia resaltar que el romanticismo no tiene relación alguna con una causa, como ya vimos, concepto opuesto a la ocassio: lejos de entrever una relación causa-efecto que impregnara de un carácter normativista a la realidad, el romántico se ufana de utilizar los hechos concretos y toda percepción sensorial como mera ocasión para transformarlos en objeto de interés estético-emotivo, y así construir una fábula, una poesía o una novela. El romántico rechaza toda actividad que pueda intervenir en las relaciones reales del mundo. Y este rechazo constituye uno de los fundamentos por el cual el romántico no encuentra diferencias entre lo justo y lo injusto, base esencial de la práctica política. La política, dice Schmitt, le es tan ajena como la moral o la lógica. Pero aquí es donde hay que introducir la diferenciación entre el romanticismo político y la política romántica.

Un hombre que no es romántico puede estar motivado por representaciones romantizadas y poner toda su energía, que surge de otras fuentes diferentes a las del romántico, al servicio de aquellas. "El tipo inmortal de esta política de oportunidades construidas románticamente es Don Quijote, un político romántico y no un romántico político. Era capaz de percibir la diferencia entre lo justo y lo injusto, en vez de ver una armonía superior, y de decidirse por aquello que le parecía justo, una capacidad de la que el romántico político carece [...] Si el entusiasmo por su ideal caballeresco y su indignación ante la supuesta injusticia también llevan al pobre caballero a un loco desprecio por la realidad exterior, sin embargo, no se retira estéticamente a su subjetividad para lamentarse y criticar el presente" (p. 223)

En el romanticismo, todo acontecimiento, por más

importante que este fuere, no tiene importancia ni entidad real mientras permanezca ajeno al interés creador romántico. La entidad de la cosa cede su lugar por completo y se subordina al estado de ánimo del sujeto que lo transforma en material ocasionalista de su producción. Y es esta operación la que deja en descubierto la principal contradicción del romántico político, y que consiste en que, en la pasividad orgánica que es propia de su estructura ocasionalista, quiere ser productivo sin volverse activo. Para Schmitt, éste es el núcleo del romanticismo político: "como ocasionalismo subjetivo no tuvo la capacidad [...] de objetivar su esencia espiritual en conexiones teóricas o práctico-sustantivas" (p. 238.) Para agregar más abajo como ejemplo: "las ideas jurídicas son antirrománticas" (p. 241).

Esta diferencia esencial entre el romanticismo político y el político romántico es la razón que le da sustento a la excelente argumentación schmitiana que arroja más que algo de luz a una definición concreta y sustantiva de un movimiento que tuvo su apogeo en el siglo XVIII y XIX y que aún persiste su legado: el Romanticismo.

Edgardo Oscar Zanchetti